



SOMERA INICIACIÓN AL "JELSE" (*)

Señores: el Hermano Errante no ha venido. Como Uds. pueden haberlo notado, su inasistencia nos tenía sobre ascuas. Mas, por mi parte, declararé, para ser sincero, que me alegro de no ver entre nosotros su cuerpo pequeño y enjuto, sus ojos hundidos e inquisidores, y sus enormes y desgredadas barbas grises, en las que no es raro ver prendidas pajillas de trigo, pequeñas plumas y pelusas de los campos.

Su presencia perturba, pues hace sonreír y pensar a la vez. Sus maneras no son suficientemente finas para presentarlo en sociedad. Vagabundo incansable, durmiendo en graneros, tabernas, chozas de campesinos y pescadores y, de vez en cuando, en mansiones de exétricos potentados, mezcla los más heterogéneos comportamientos.

Agregad su ingénito orgullo, que confina, a veces, con la petulancia; su innegable sabiduría, pero que resbala hacia una pretenciosa obscuridad; y luego, su sonrisa porfiada, que no abandona un instante, hasta que termina por ser como una espina para quien la ve.

Ignoro qué cosa haya escrito en las cuartillas que me envía. No pueden calcular Uds. la inquietud que experimento al emprender su lectura.

«Yo no estaré presente cuando mis pensamientos se alcen

(*) Trabajo leído en la Biblioteca Nacional, en la Primera Velada de «Los Diez».

entre vosotros. Me complace el saber que voy a estar a la vez tan cerca y tan distante, porque es seguro que a la hora en que escuchéis mis palabras, yo iré por un camino solitario que bordea el mar a gran altura, sobre lomas desiertas y estériles batidas por el viento, pasado ya el último fulgor del día; a esa hora en que comienza a estrecharse el horizonte y a crecer el espíritu, hasta que llega el momento de la noche impenetrable, en que parece que el mundo es nuestro propio ser.

Fatigado de la visión de tantos extraños países, después de haber recorrido todos los innumerables caminos de la tierra, un tanto confuso en mis costumbres por amalgamar maneras de ser de todas las razas del orbe; conoedor de hechos peregrinos que no tienen correspondencia con vuestra modalidad de espíritu, me encuentro turbado a fuerza de tanta inútil sabiduría y de tanta imprescindible e inoportuna experiencia.

Quisiera hablaros en un lenguaje familiar, y que mi voz sonara para vosotros como el acento de un abuelo; pero adivino la inutilidad de mis esfuerzos.

Porque es peligrosa conversación la de un discurso; en ella uno solo habla, y aquél que habla ignora si los demás escuchan, y si los que escuchan entienden, y si los que entienden pueden responder.

Cuando conversamos con una persona determinada, vemos por adecuar a ella nuestras expresiones; cuando hablamos ante una gran concurrencia, nos dirigimos a un término medio imaginario. Y he aquí que con este sistema siempre habrá algunos que, después de oírnos, digan: ¡qué vulgaridad! en cambio, otros exclamarán: ¡no hemos comprendido bien! sólo obtendremos que una persona quede satisfecha; pero esa persona, desgraciadamente, no tiene para nosotros interés alguno.

Difícil empresa es la de tratar ante un gran auditorio de cosas del espíritu, y descabellada tarea la de referirse a nuestro libro y su culto a la belleza.

Perdonad, entonces, si, en busca de la libertad necesaria, me dirijo a mí mismo mis propias expresiones y supongo que, sentado en la falda de una barranca, a la caída de la tarde, bajo la rosada y cambiante luz de los arboles, contemplo los fatiga-

dos campos de labranza y las fabriles y lejanas ciudades, en esos momentos de hermosa soledad y de sabia inconciencia en que nuestras meditaciones son tan poderosas que nos hacen hablar en voz alta. Si los labriegos, al hombro azadas y guadañas de regreso de sus labores, pasan en este instante por mi lado, me tomarán por borracho o por loco; pero como sólo me oyen los arbustos que gimen con el viento vespertino y los pájaros que cantan sus incomprensibles canciones, yo y ellos permanecemos tranquilos y confiados, al sorprender que todas nuestras voces armonizan.

Oh! Belleza, alma del mundo; para el hombre, como él mismo, tú nacistes de mujer. Brillante luminosidad y suaves atractivos tienen para el niño las cosas exteriores; mas la belleza sólo se hará sensible, más tarde, por los caminos del amor.

El amor, padre de la vida, busca en alianza la armonía de la misma vida. No encontró incentivo mayor que el goce que trae la contemplación de una cosa perfecta. Ninguna ciencia ha menester el hombre para conocer la belleza femenina; desde la creación del mundo, ella está en su corazón como una alegría original.

En las ondulaciones del cuerpo de la joven, él adivina los giros de la danza y escucha una música naciente; en su piel nacarada, sorprende, como una promesa, los mismos cambiantes de todo el color que ofrece la aurora; y el asombro feliz que en él despiertan las diversas actitudes del cuerpo, lo lleva forzosamente a pensar en la hermosura del alma y sus pensamientos.

En el hombre, la mujer vió la acción; lo quiso fuerte; y, creador, él encarna el futuro.

En la mujer, el hombre vió la belleza, la quiso en armonioso equilibrio; ella contiene un valor privativo a las cosas eternas.

Al lado de las transformaciones que el hombre imprime a todo lo que le rodea, el innato sentimiento de la belleza que la mujer ofrece es como el recuerdo de la necesaria proporción que requieren los seres y los hechos para vivir y ser fecundos.

Mas, la belleza, como todo hijo nacido de mujer, crece y cre-

ce lentamente, hasta llegar el día en que emancipada, sale a la conquista del mundo!

Pero en estado de amor, ya el hombre aprendió a ver con nuevos ojos el cielo, el mar y la montaña: una luz imprevista dió relieve al musgo olvidado; un acorde desconocido unió el ritmo de la lluvia a sus íntimas congojas; el aire invisible se hizo presente por venir teñido de insospechados perfumes; la existencia miserable de pobres gentes ignorantes, lo hizo desear la justicia y la felicidad; y las más variadas y atrevidas empresas tentaron la nueva y poderosa energía que comenzaba a reforzar el empuje de su mente y de su brazo.

Cuando pequeño, aprendió a andar; así pudo ponerse en contacto con todo lo que hacia él no venía; en el deseo de hacer sentir su espíritu, aprendió a hablar; pero sólo en la primavera de su vida, iluminado por el amor, entró en el milagro de la belleza, y se sintió solidario del tiempo que fué y del que vendrá, y de todos los seres y las cosas próximas o lejanas.

La amada lloró susoledad cuando vió al esposo preocupado de miles de empresas ajenas; sufrió al oír, sólo muy rara vez, en sus expresiones, los apasionados acentos de otra época, y no pudo, a veces, comprender cómo le movían a entusiasmo espectáculos y quehaceres monótonos y restringidos.

Es que él había descubierto en el mundo un nuevo interés y, creyendo satisfacer sus anhelos, no hacía sino cumplir con su destino. Y fué juez o político, médico o ingeniero, agricultor o industrial, comerciante o periodista, empleado, artesano o simple gañán de los campos; y laboró un día tras otro, y un año y los años que siguieron, hasta que oculta y lentamente, a medida que se alejaba de él la época de la juventud, iban dejando de preocuparle la justicia anhelada y la belleza del mundo.

Mas, entre los variados destinos del hombre, también se encuentra uno que mantiene toda la existencia en amplio estado de entusiasmo y comprensión, y que sabe mantener siempre unidos, y por extraños medios, la ingenuidad y fantasía del niño al amor y fortaleza del joven y a la experiencia y tristeza del anciano.

En él viven los poetas y los artistas, y por ello son seres

representativos. Los verdaderos, no ven en las escuelas y tendencias sino restricciones inútiles. Y al vislumbrar el perfil de hermosura que se encuentra en la monotonía de las labores cotidianas, en las más viles y pesadas tareas, y hasta en la tragedia de las acciones y seres deformes, van extendiendo, cada día más, los límites de la belleza. Y entran unas tras otras, en esa conquista, las ciencias y las industrias modernas con sus ciclopeos templos de esfuerzo y sus muchedumbres de pequeños obreros; y la ambición, el orgullo y la locura; y hasta los hombres tristes y escépticos, de vidas opacas o parciales, que reniegan del arte y la poesía. Y hé aquí como el poeta, en su victoriosa campaña, comprende que la belleza confina con los límites del universo y la vida.

Y enemigo de virtudes incompletas y de paradojas inútiles, cultiva a la vez la fe, la duda y la libertad; cultiva la vida total que comprende a la muerte, y, aprovechando encontrarse en una situación de ella que le permite voz y pensamiento, canta, con religiosa exaltación, la conquista de sus nuevos dominios.

Pero antes de penetrar en el misterio del «Jelsé», es preciso jurar que creamos en «El Bien Perdido».

¿Qué es «El Bien Perdido»?

Difícil es explicarlo. Necesidad hubiera de una conversación más íntima, en un lugar propicio y apacible.

En el tiempo pasado, en una pequeña y vieja ciudad construída en la garganta de una montaña, lejos del mar y teniendo ante la vista las enormes y blancas piedras del lecho enjuto de un río muerto, nació, vivió y murió un hombre extraordinario.

Su casa era la última de la pequeña ciudad. Dos viejas y carcomidas higueras, dábanle sombra. Y las tropillas de borricos que mañana y tarde iban por agua a las cisternas del valle, al levantar polvo fino, en nubes cenicientas, habían ido cubriendo con una gris monotonía la casa, las higueras y el pequeño y árido terreno circundante de su heredad.

No se tienen detalles de su vida, e ignoramos si murió mozo o anciano; no sabemos, tampoco, si escribió en papiros como

los egipcios, en ladrillo como los asirios, en tabletas recubiertas de cera o en pergaminos.

¿Quién podría decir si sus doctrinas fueron escuchadas o cayeron en el vacío? Sólo podemos y debemos afirmar que, ante la grandiosa hermosura de sus cantos y la profunda ciencia de sus aseveraciones, es un balbuceo la voz de todos los legisladores, desde Licurgo y Moisés; de todos los poetas, desde Homero hasta nuestros días; de todos los filósofos, desde Platón y Aristóteles; de todos los profetas, desde Brahma y Budha.

¿Fue una guerra a sangre y fuego la que destruyó aquella pequeña ciudad que vivía en la garganta de una montaña? ¿De esa manera quedó oculto o se perdió el más preciado tesoro?

Porque sólo sabemos que alguna esperanza queda de recobrarlo, debemos proseguir sin descanso en investigaciones de todo género, escudriñando el pasado.

Ah! meditemos con angustia en nuestro enorme esfuerzo, gastado en vanas y artificiales tentativas por formar la sociedad ideal que él ya conocía; meditemos en su ciencia perdida; en sus palabras imponderables y en sus profecías maravillosas, ocultas, quizás para siempre, a nuestro conocimiento!

El verdadero décimo, después de sentir en el alma la terrible tortura de «El Bien Perdido», dirá, en voz alta, una oración más o menos semejante a la que sigue:

«Mi corazón atribulado está cubierto de desesperanza; mis sentidos están ciegos de cansancio; y mis brazos, rotos, sangran en esta labor sin fin.

«Mas, una adivinación imprevista se cierne y toma forma y me domina! Ahora mi corazón danza de alegría, mis sentidos se embriagan y se remozan, y mi cuerpo, lleno de extraña potencia, se tiende ávido hacia adelante en la misma actitud de un corredor que espera la voz de partida!

«Ignoro, en el ansia que me domina, qué debo hacer para salir veloz a su encuentro. Porque ¡ah! sí, el día se acerca. He colocado mi oído contra la tierra, y aun oigo el ruido de sus pasos que vienen.

«Yo no sé qué gran bien se aproxima. ¿Será un nuevo senti-

do que nos descubra escondidos secretos? ¿Será un nuevo continente que brote del inmenso mar que baña nuestras costas? ¿Será un astro benéfico, o tal vez un hombre sin igual en el transcurso de todos los tiempos?

«Ya puedo morir sin temor; porque se aproxima para la tierra, donde vivirán mis hijos y sus descendientes, una era de trascendental y feliz renovación.

«Ah! cuán despierto me deja este convencimiento a permanecer con el oído alerta a todas las noticias que vengan desde el mas remoto confín; cuánta acogida voy a prestar, desde este instante, a todo ser desconocido que se me acerque, hasta que no me convenza que no es él, sino otro, que aun no llega, el que trae o que encarna la buena nueva del mundo.»

Estos son, someramente expresados, los fundamentos de la doctrina de «Los Diez». Ahora trataré de explicar el por qué de tantos nombres estrambóticos, como son los que existen en nuestra liturgia, agregando otros amables y regocijados comentarios.

Mas, primeramente, ruego a los que estas confesiones escuchan, que guarden, por razones fáciles de comprender, el más absoluto secreto.

«Los Diez» no forman ni una secta, ni una institución, ni una sociedad. Carecen de disposiciones establecidas, y no pretenden otra cosa que cultivar el arte con una libertad natural.

Es requisito imprescindible para pertenecer a «Los Diez», estar convencidos que nosotros no encarnamos la esperanza del mundo; pero, al mismo tiempo, y de acuerdo con el sentido de la oración anterior, debemos observar con prolijidad todo nuevo ser que se cruce en nuestro camino, por si él encarnase esa esperanza, lo que no impide que, después de ese examen, él y nosotros nos riamos, con gran pesadumbre y bulliciosa algazara, de los continuos engaños que por este motivo nos ocurran.

«Los Diez» deben obedecer ciegamente al Hermano Mayor. Lo que él diga, se hará; pero no hay temor que diga cosa alguna, porque nadie sabe cuál es el Hermano Mayor, y cada uno puede y debe creer que él lo es.

Las reuniones se verifican empleando una liturgia creciente y viva, puesto que ella se compone de ceremonias que se realizan a medida que se van imaginando; pero sólo se emplean cuando se sabe que hay ojos extraños que atisban por los postigos entreabiertos, y especialmente si se trata de gente sencilla y crédula.

«Los Diez» tienen por lema uno que dice así: «Un lema no significa nada». Este sabio aforismo, traducido al latín da, impreso, un bonito efecto tipográfico.

Nuestro libro oculto se llama «Jelsé», palabra a la que es inútil buscar etimologías, porque no significa nada, pues se ha formado, uniendo, a la suerte, cinco letras.

Pero un verdadero décimo no debe confiar a alma viviente, por motivo alguno, este secreto; porque es deseable dar ocupación a filólogos y eruditos.

El «Jelsé» se divide en cinco tratados, cuyos nombres es preferible que queden en el misterio.

Por fin, «Los Diez» deben saber reirse sinceramente de ellos mismos, como no lo haría su peor enemigo. Esta costumbre desconcierta a los que quieren herirlos, y constituye, por sí sola, una verdadera higiene mental.

Y una última confesión: hasta el que ha garabateado estas líneas, el Hermano Errante, no es más que un simple mito que sirve para que se le atribuya todo lo que los hermanos no se atreven a decir personalmente.

Vuelvo a repetiros que me guardéis el secreto. Mis hermanos deben estar desconsolados con mi divulgación. Ellos hacen un misterio de lo que no existe, porque les sirve para atraer vuestra atención, evitando el buscarla por medio de melenas, levitones y otras curiosidades.

Con su amor a la vida total, donde la belleza vive más cómodamente, «Los Diez», a pesar de sus rarezas, aspiran a hacer obras que perduren, tomando la vida con un amor que no huye de melancolías y dolores, que no reniega de la broma y la seriedad, y que no desprecia ninguno de los ideales y ocupaciones en que los hombres consumen esta existencia pasajera.